

Leer:

¿Un hábito **en** contracción **o en** expansión?

Raúl
Dorra

Desde hace varios años, en los medios educativos se ha generalizado la alarma ante lo que se describe como una declinación, o un franco abandono, del interés por la lectura. Este supuesto abandono, al que sin vacilaciones se asocia con un deterioro de los valores de la cultura, afectaría a la sociedad en su conjunto, aunque el punto neurálgico se centra en la población estudiantil. “Los estudiantes no leen”: lacónico y terminante, este diagnóstico circula entre los maestros con verdadera fruición, como si ello diera estado público a lo penoso de su tarea y, por eso mismo, los liberara de la responsabilidad de sus fracasos. Para corroborarlo, para medir el grado de alarma que están autorizados a mostrar y el grado de razón que pueden concederse, muchos de ellos realizan al comienzo de sus cursos una sencilla encuesta que consiste en preguntar a cada estudiante cuántos libros leyó –o medioleyó– en el último año. Desde luego, las respuestas de los estudiantes no hacen sino alentar el desaliento. No sabemos, claro está, y quizá es mejor no preguntárselo, cuántos libros leyó el propio maestro en ese mismo lapso. Ante esta generalizada desgracia se ensayan dos respuestas moralizantes: una que podríamos llamar teórica y otra, práctica. Por un lado se culpabiliza a las modernas tecnologías de producción de mensajes, cuyas diabólicas seducciones mantienen a los jóvenes lejos de los libros. Por otro se ensayan formas de atracción –o más bien de seducción– que sean capaces de demostrar que leer puede ser algo tan divertido como lo que nos deparan esas tecnologías. Demás está decir que tales ensayos conducen ocasionalmente a éxitos efímeros pero en la mayoría de las veces al fracaso: los agentes cuyos efectos se trata de contrarrestar por la curiosa vía de la imitación, van siempre a la vanguardia, aumentan con su poder con una velocidad que siempre deja a la zaga a los educadores y éstos, en el mejor de los casos, consiguen organizar formas recreativas de lectura –lectura teatralizada, ediciones con abundancia de imágenes sugestivas, antologías de textos amenos y breves–, pero nunca logran la meta de “formar el hábito” como se supone que

ocurría en tiempos pasados y mejores. Mirando el panorama desde esa perspectiva, algunos por pesimismo y otros llevados por la premura de quien quiere largar todo por la borda, declaran que el libro está en plena extinción. Los más apocalípticos llegan a pronosticar, incluso, una progresiva obsolescencia de la propia escritura alfabética.

Sé que el cuadro que acabo de sugerir tiene también una teatralidad caricaturesca pero me interesa resaltar sus aristas para proceder a un examen, que necesariamente será rápido, de la situación en que se inscribe. Por lo pronto, no es fácil decidir si hay congruencia o contradicción cuando se afirma que estamos ante una declinación del ejercicio del leer desde el seno mismo de una cultura cuya característica más sobresaliente parece ser la producción y circulación de mensajes inscritos en las más diversas sustancias expresivas y dotados de las más diversas y dinámicas formas. Nuestra cultura está organizada y sostenida por la circulación de mensajes, lo que quiere decir que, de manera acaso más visible que cualquier otra cultura, ella nos instala en una dimensión imaginaria, o, como ahora prefiere decirse: virtual. Para muchos vivimos en plena era de la comunicación; para otros, todavía estamos en los comienzos de esa era de prodigios. De un modo o de otro: ¿es que entonces la comunicación se desarrolla en contra de la lectura? ¿Somos consumidores de mensajes, somos el *homo videns*, y al mismo tiempo nos resistimos a leer?

Tales preguntas parecen internarnos en una paradoja. Las cosas ocurren de tal modo que, por citar sólo un ejemplo, nos hemos acostumbrado a pensar que un acontecimiento cobra realidad en el instante en que se convierte en mensaje informativo, esto es, cuando un agente de difusión lo recoge, lo verbaliza, lo hace objeto de la mirada pública. Brotado en cualquier lugar de la Tierra, el propio mensaje buscará ser recogido por otros agentes hasta formar una cadena *mediática* –como diría el subcomandante Marcos– que haga que el mensaje recorra el estado, el país, el continente, el vasto mundo. Los medios de comunicación sostie-

nen, por su propia presencia, que es a la vez ominosa y ubicua, que ser es ser conocido, lo que quiere decir que el ser se constituye en el momento en que *aparece* por obra de los *medios*. Según esta ideología, el ser, para serlo, necesita aparecer como tema de un mensaje, mensaje que a su vez debe configurarse como espectáculo.

Por otra parte, la socialización de los individuos, esto es, el dilatado proceso de sus intercambios, observado desde cierta perspectiva, podría reducirse a la incesante recepción y desciframiento de mensajes que regulan todas las formas de la actividad. Habitar una ciudad, desplazarse por sus calles, entrar a cualquiera de sus hogares con el fin de satisfacer una necesidad, procurarse un esparcimiento, desarrollar un trabajo, nada de esto puede hacerse sin descifrar continuamente las señales que nos indican cómo estas actividades deben llevarse a cabo. Privado de la capacidad de descifrar las inscripciones que nos informan en qué sentido transitar, cómo utilizar una herramienta adquirida en un supermercado, cómo abrir un envase y procesar el alimento que él contiene, qué actividad se desarrolla en un determinado salón o edificio, cómo acceder a cualesquiera de sus recintos o aun a sus instalaciones sanitarias, qué hacer o qué dejar de hacer para lograr cierto propósito, sin esta capacidad descifradora, repito, un hombre en una ciudad estaría tan perdido como un niño en la selva. Cada cosa –una plaza pública, los modos de tratar el propio cuerpo, el automóvil que se adquiere o se reemplaza– son gestos que nos interpelan pues, más que como cosas, llegan a nosotros como frases de un discurso cuyo dominio necesitamos adquirir. Una ciudad, en sus espacios exteriores tanto como interiores, es un receptáculo en el que se depositan inscripciones, se acumulan mensajes parpadeantes.

Tales inscripciones desbordan en mucho la escritura alfabética: se trata de formas que combinan la escritura alfabética con otras que consideramos como típicas de sociedades del pasado, incluso de sociedades arcaicas: figuras icónicas, índices, trazos, pictogramas, logogramas, materias gestualizantes que toman forma en sustancias



luminosas, acústicas, cromáticas, etcétera. Esta variedad de recursos para las inscripciones de mensajes obedece a la necesidad de darles una dimensión supralingüística con el fin de volverlos accesibles a individuos que no dominan la lengua del lugar o del país en que se encuentran o, inversamente, para que un país pueda hacer llegar a otros sus hombres o sus productos. La circulación internacional de individuos por razones de negocios, estudios o turismo, así como la circulación internacional de mercancías –y de la publicidad que enfatiza la novedad o el valor de tales mercancías– demandan igualmente convenciones supralingüísticas para una más eficaz inscripción y un más fácil desciframiento de los mensajes que le dan su sustento. Por esta razón es que resulta necesario recurrir a formas más primarias que las letras como son las pictografías, las indicaciones icónicas y en general las indicaciones visuales.

Es necesario, entonces, reconsiderar el concepto de lectura. De acuerdo con lo que venimos diciendo, el concepto de lectura ya no puede remitirnos a la lectura del libro y ni siquiera a la lectura de mensajes que se limitan a la escritura alfabética, sino a una multiplicidad de procedimientos de codificación así como al uso de las sustancias expresivas más diversas, sustancias convertidas en depósitos de la significación. Esta expansión que podría pensarse como explosión de formas de inscribir los mensajes y, correlativamente, de formas de desciframiento debe ser, por lo menos en principio, evaluada con serenidad y amplitud para hacerlas objeto de un juicio ecuánime y productivo. Podemos decir, por lo pronto, que los individuos que conforman nuestra sociedad, incluidos los estudiantes, no leen poco sino que, por el contrario, leen constantemente y de diversas maneras y para una multiplicidad de propósitos. Teniendo en cuenta la existencia de estas redes de producción, de circulación y de lectura es lógico que la lectura específica del libro –incluyendo en la noción de libro el conjunto de impresos en escritura alfabética– haya visto recortada su hegemonía y ocupe ahora otro lugar.

Ahora bien, aceptadas estas circunstancias podríamos preguntarnos sin alarmas si los mensajes contenidos en los libros,

esto es, en los textos escritos, son intrínsecamente más valiosos que aquellos que provienen de otras tecnologías de producción de mensajes y si, por lo tanto, el creciente lugar que éstos ocupan en la cultura moderna supone un progresivo deterioro de ese bien general que es la cultura. Por mi parte, no creo que estemos en condiciones de dar una respuesta definitiva a esta pregunta pero sí, por lo menos, de plantearnos los supuestos que la pregunta conlleva. Vistos globalmente, estos mensajes se caracterizan por entronizar el predominio de la imagen visual (es decir, la imagen por antonomasia), así como por proponernos una visión del mundo en donde prevalece la transformación, la acumulación y la aceleración generalizadas tanto de materias como de mensajes. Los estudiosos del arte y de la comunicación se han referido una y otra vez al poder de atracción que presenta la imagen y los publicistas nunca ponen en duda que para la fabricación de un mensaje de eficacia inmediata se debe reemplazar, en todo lo posible, la palabra por la imagen. En nuestros días la palabra arte evoca casi con exclusividad a las artes visuales, artes en las que las transformaciones –de los materiales que utilizan, de las formas de relación que procuran, de los estilos que ensayan– han adquirido una proporción ciertamente vertiginosa en la que el espíritu de lo moderno parece expresarse de una manera más plena. La cinematografía, por su parte, defiende el privilegio que le otorga el ser, en la familia de las artes, su último vástago, un vástago parido por nuestra civilización, con el esfuerzo de los directores por mantener la hegemonía de lo visual sobre lo verbal y lo sonoro a la vez que por hacer de la pantalla un espacio de tensión en el que se suceden las transformaciones, se acumulan los efectos, y la narración se monta sobre un ritmo de aceleraciones y de quiebras. Otro tanto podría decirse de las diversas formas de la publicidad y sobre todo de las técnicas utilizadas por los medios de difusión, cuyo propósito general es construir la imagen del mundo como el espectáculo de una narración continua, total, plural y polimórfica.

Frente a los mencionados factores –la visualidad, la acumulación, la transformación, la aceleración– vehiculizados por estos mensajes, la lectura del libro, tal como nuestra imaginación la concibe, evoca sus contrarios: la palabra –es decir la voz, pero la voz interiorizada–, la reflexión, la permanencia, la pausa. Aunque históricamente las prácticas de lectura han sido diversas –y de algún modo lo siguen siendo–, pensamos la lectura como una actividad silenciosa que realiza un hombre en soledad, con los ojos bajos y el cuerpo doblado

sobre sí. Tal imagen sugiere que la lectura tiene un carácter introyectivo, que traza una ruta que va de las letras a la intimidad del espíritu. Así, la lectura sería la incorporación de una voz que, para ser recibida y asimilada, requiere de la concentración. De ese modo la lectura, al mismo tiempo que es un encuentro con la palabra es también un encuentro del sujeto consigo mismo. La imagen de la lectura que ha perdurado en Occidente, aquella que hemos heredado y seguimos defendiendo es la que, en el siglo V, nos proporcionó San Agustín en ese célebre episodio de sus *Confesiones* donde relata que su conversión terminó de producirse en el momento en que vio a San Ambrosio leyendo las Escrituras con los ojos bajos y sin emitir sonido alguno con los labios. Un hombre capaz de leer de esa manera no podía ser, según Agustín, sino un sabio y hasta un santo: un hombre convertido en pura interioridad, en una pura comunión con el espíritu.

Si esto fuera así, tendríamos entonces que la confrontación de la lectura del libro con la lectura de mensajes provenientes de las modernas tecnologías nos ponen frente a una serie de factores más o menos antitéticos: la imagen proyectiva *versus* la voz interiorizada, la transformación *versus* la permanencia, la aceleración *versus* la pausa, la acumulación de objetos y de efectos *versus* el cuerpo recogido y silencioso y, en suma, lo que es del dominio del mundo *versus* lo que es del dominio del sujeto. Desde luego este cuadro de antítesis –que en última instancia descansa en una concepción religiosa del bien y del mal– no responde totalmente a la realidad, puesto que la lectura del libro, y en general del material impreso, no siempre se corresponde con la descripción que hemos propuesto, así como tampoco la imagen en movimiento es en todos los casos acumulación, aceleración o exteriorización. Sin embargo, hablando en términos generales, y refiriéndonos a nuestras prácticas culturales, este diseño de la experiencia de la lectura responde en gran parte a estos diseños, a esta tensión entre lo proyectivo y lo introyectivo. Por lo tanto estamos autorizados a pensar que nos hallamos ante la confrontación de dos modos de concebir los procesos de la cultura y en suma frente a dos ideologías mediante las cuales nos representamos a la cultura misma.

La alarma por la disminución de la lectura del libro parte entonces de una ideología de la cultura que los educadores –no todos pero sí la mayoría– tienden a conservar y a defender enfrentándose a otra que se asocia a procesos que toman derivas y promueven experiencias diferentes, en mu-



chos casos antitéticas, y que por lo tanto se presentan como una amenaza. Quedaría por saber si la defensa de los valores de la lectura del libro es sólo la protesta o el lamento de alguien que simplemente responde a un impulso conservador o si, más allá de los factores ideológicos puestos en juego, la aceleración continua, la transformación expansiva y dispersiva representan un peligro verdadero para el porvenir de nuestra cultura e incluso de nuestra civilización. Esto es algo que se debe examinar con serenidad interrogando la propia conformación de los mensajes sometidos a crítica. También es necesario preguntarse si los rasgos que hemos considerado característicos de este tipo de mensajes son el resultado de una tendencia intrínseca de las tecnologías que los producen, o si más bien son el resultado de un modo de funcionamiento que tiende a satisfacer demandas imaginarias de una sociedad que se mueve entre la tensión y el exceso. En otras palabras: si la aceleración, la dispersión e incluso la violencia que parecen promover tales mensajes provienen de la naturaleza misma de estas tecnologías –en cuyo caso serían inevitables–, o provienen de una dialéctica instaurada entre estas tecnologías y ciertas formas del imaginario social –en cuyo caso serían modificables.

Aunque la primera de estas hipótesis no puede descartarse totalmente, creo que resulta más razonable apostar a favor de la segunda. Creo, por lo tanto, que es más productivo hacerse cargo de esta realidad, descubrir o constituir la gramática de estos lenguajes de segunda generación, y, conociendo con cierto grado de certeza sus leyes constructivas, observar en qué medida ellos son compatibles con el lenguaje de primera generación –esto es: el lenguaje verbal, y en especial con la escritura–, de modo tal que, siguiendo otras derivas, estos lenguajes puedan combinarse o complementarse con el libro para una función educativa de contenido humanista. Desde luego, hay muchas experiencias que se encaminan en esta dirección y si bien todavía no sabemos qué resultados arrojarán, lo que sabemos es que no podrán desarrollarse adecuadamente sin la presencia de educadores, lingüistas y semiotistas.

Pero, dado que estos lenguajes proliferan con una velocidad que, más que el mal humor, provoca un sentimiento de fatalidad entre los defensores del libro cabe hacerse, por último, la pregunta que pesa más decisivamente sobre nuestra cultura: ¿está el libro en proceso de extinción?



© Mihael Dalla Valle, de la serie *La pared*.

Pensando en un desarrollo de la cultura regulado por sus propias necesidades de transformación-conservación, la desaparición del libro no significaría necesariamente una catástrofe. Es ocioso recordar que la humanidad prosperó durante muchos milenios sin el libro, sin la escritura alfabética, y que durante ese dilatado espacio temporal se ejercieron las mayores conquistas por lo que muchos coinciden en asegurar que, dada la magnitud de los cambios que produjeron, la invención del alfabeto de ningún modo puede compararse con la domesticación del fuego, la invención de la rueda o de la agricultura. El libro, y aun la escritura alfabética podrían, pues, en algún momento desaparecer, cediendo su lugar a otras formas significantes más completas y más eficaces para la conservación y transmisión de los valores de la cultura. Pero si bien podemos imaginar esa posibilidad y aun asimilarla de antemano, por el momento no hay nada en el horizonte que nos permita avisorar un episodio semejante, nada salvo ciertos relatos de ciencia-ficción que son, claro está, invenciones de la propia letra, literatura.

Aunque resulte paradójico, todos estos lenguajes que parecen atentar contra la escritura y el libro en que ésta se explica, no son sino una de las formas de su expansión, forma perversa quizá, o quizá forma evolutiva. El tipo de tecnología que caracteriza a nuestra civilización es un derivado del tipo de inteligencia que ha fundado la escritura y que se ha desarrollado con ayuda del libro. Toda ella queda englobada en la escritura pues la escritura puede hablar de la tecnología, puede explicarla y analizarla así como puede analizar los lenguajes que ella produce pero nunca podría ocurrir lo contrario. El color, la imagen, el sonido, los escenarios virtuales no pueden volverse sobre sí mismos para explicarse sino que necesitan de otro lenguaje, más abarcador y más comprensivo, que dé razón de ellos; la palabra es la lengua que estos lenguajes de un modo o de otro deben adoptar pues de lo contrario ignorarían su propia existencia o simplemente no llegarían a conformarse. Como agudamente decía el poeta Stéphane Mallarmé, todo existe

para desembocar en el libro; o –agregamos nosotros– todo sale de él, pues seguimos siendo, esencialmente, una cultura del libro. También las ciencias, tal como las conocemos, nacieron con el libro, se desarrollaron con él y ese desarrollo, sin él, es de hecho impracticable por más que muchas de ellas deban necesariamente avanzar desarrollando tecnologías precisas, complejas y específicas. Pero los conocimientos –incluido el conocimiento de tales tecnologías– no pueden circular si de una o de otra manera no se verbalizan. Las fórmulas matemáticas o químicas que se escriben sobre un pizarrón, el diagrama de un cuerpo que se proyecta sobre una pantalla, el esquema de un átomo o los planos de un edificio que un rayo de luz traza sobre alguna superficie, nada de esto puede sostenerse sin la palabra. Pero aun más: el diseño o la ejecución de un experimento de laboratorio, que en apariencia nada tiene que ver con la verbalidad, sigue una deriva cuyo modelo está tomado del libro o del artículo científico pues antes de planearlo el experimentador sabe que para que su experimento tenga existencia en la comunidad científica debe dar cuenta de él en páginas escritas. Por lo tanto, y sin recurrir al lenguaje metafórico, podemos hablar de una retórica del experimento de laboratorio, es decir de una planeación de pasos, de una adquisición de pruebas, de una selección de argumentos, y en suma de las virtudes de la mostración tanto como de la persuasión que debe desarrollar cualquier discurso que se quiera convincente. El científico entregado en su laboratorio a manipular aparatos o a desmembrar animales, con o sin conciencia de ello, está trabajando desde, y para, la escritura.

En conclusión: no es necesario temer por el libro. Menos en un momento en que las computadores han lanzado a la circulación toneladas de material escrito, han abierto los anaqueles de las mayores y mejores bibliotecas del mundo y han reavivado la práctica epistolar enlazando, en el mismo momento y en la misma red de frases, a corresponsales situados en no importa qué rincón de la Tierra. Lo que sí necesitamos es pensar de qué modo constituimos las leyes de los mensajes no verbales, o mixtos, y conseguimos incorporarlos productivamente en un proceso de aprendizaje cuya riqueza consista, precisamente, en un reconocimiento, por parte del libro, del papel que le toca desempeñar, un papel, probablemente, de promoción y de regulación, papel acaso menos visible, menos protagónico, pero no por eso menos importante.

Raúl Dorra es investigador del Programa de Semiótica y Estudios de la Significación de la BUAP.

